

**RESEÑA BIBLIOGRÁFICA**

Jorge Durand

*Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*

México, Conaculta, 1994, Col. Regiones

*Alejandro Canales Cerón\**<sup>1</sup>

La tradición antropológica es de vieja data en el estudio de la migración de mexicanos a Estados Unidos. Sin embargo, sólo en los últimos lustros ha vuelto a adquirir relevancia este tipo de enfoques. Después de los trabajos de Manuel Gamio y Paul Taylor en los años veinte y treinta, esta línea de investigación sólo se recuperó hacia mediados de los años setenta. A partir de entonces se han sucedido diversos estudios de caso y comparativos, principalmente de comunidades rurales de la región occidente de México. En este tipo de investigaciones el énfasis se ha puesto en los factores microsociales y culturales que condicionan la dinámica y estructuración del proceso social de la migración. En particular, el análisis se orienta a identificar y reconstruir las formas y mecanismos en que se desenvuelve el proceso migratorio, y los agentes sociales y las instituciones culturales que se ponen en movimiento con la migración, los que, paralelamente, devienen factores de perpetuación y reproducción cotidiana en el tiempo del proceso migratorio.

*Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos* se inscribe en esta tradición de estudios etnográficos, con una importante reconstrucción histórica del proceso migratorio, apoyada en información cualitativa. Aunque Durand acepta que los enfoques estructurales y cuantitativos permiten una adecuada reconstrucción de las tendencias migratorias, así como una caracterización económica y sociodemográfica de los patrones migratorios, su perspectiva de análisis le da prioridad a los métodos de corte histórico-antropológico, lo mismo que a técnicas cualitativas de aproximación al objeto de estudio. Con base en estas técnicas (historias de vida, entrevistas a profundidad, análisis de discurso, entre otras), Jorge Durand propone una reconstrucción de la morfología del proceso migratorio, de su evolución a través de las historias individuales, así como de la identificación de sus puntos críticos. La decisión de emigrar, la selectividad, el viaje y el cruce, los mecanismos de inserción laboral, la decisión de] retorno, el regreso y la reinserción en la comunidad, son aspectos de la migración que sólo pueden aprehenderse con un minucioso análisis de las historias individuales, en las que la reconstrucción de los “eventos” descritos pasa por la construcción simbólica que los individuos hacen de tales aspectos.

\* Profesor-investigador, Departamento de Estudios de Población, El Colef. E-mail: acanales@colef.mx

En su investigación, Durand hace un estudio comparativo de 11 comunidades de la región occidente de México, que pertenecen a tres contextos socioeconómicos diferentes. Cuatro comunidades de zonas urbano-industriales: San Marcos (Guadalajara) y Santiago, en Jalisco, y León y San Francisco del Rincón, en Guanajuato; tres comunidades enclavadas en zonas de agricultura moderna y productiva: Ario de Rayón y Chamitlán, en Michoacán, y Romita, en Guanajuato, y cuatro comunidades rurales de zonas de agricultura tradicional: Unión de San Antonio, San Diego de Alejandría y Altamira, en Jalisco, y Mineral de Pozos, en Guanajuato. En estas 11 comunidades se da una importante presencia de la emigración internacional.

A través de técnicas cuantitativas (encuestas), Durand reconstruye las tendencias de la emigración en cada comunidad, confirmando la emergencia de nuevos sujetos y actores en el flujo migratorio: la salida de emigrantes desde localidades rurales sin tradición migratoria, la creciente participación de pobladores urbanos de barrios populares y, finalmente, la migración de mujeres solas a Estados Unidos. Al analizar los perfiles sociodemográficos y ocupacionales de los emigrantes de cada comunidad, encuentra que se trata de población joven en edad de trabajar, alta proporción de casados, en particular hombres, aunque progresivamente más mujeres se incorporan al flujo. En general, Durand confirma los hallazgos de otras investigaciones realizadas desde fines de los años setenta.

El autor pone énfasis en factores económico-estructurales en la explicación de estas nuevas tendencias de la emigración internacional, y encuentra que el factor desencadenante es la crisis económica, que se expresa tanto en la crisis de la sociedad rural como en el deterioro de las condiciones de vida y en la caída del empleo urbano. Comunidades rurales que tradicionalmente aportaron migrantes hacia las grandes urbes del país, a partir de los años setenta no encontraron en ellas ni el mercado de trabajo ni las condiciones de vida de épocas anteriores. Esto dio origen a una reestructuración de los patrones geográficos de la migración mexicana, tanto interna como internacional. Asimismo, la incorporación de las mujeres al mercado laboral parece expresarse también en un incremento de la emigración femenina a Estados Unidos, la que constituiría una opción leal para aquellas mujeres que buscan empleo pero que no logran insertarse adecuadamente en sectores urbanos, ni en zonas rurales tradicionales, ni en zonas rurales de reciente expansión.

El estudio comparativo de las 11 localidades le permite al autor dar cuenta de la magnitud y difusión del proceso migratorio, así como de su creciente heterogeneidad, especialmente en términos del origen laboral y geográfico de los migrantes. Mientras en los sectores urbanos emigran los trabajadores con ciertos niveles de especialización, en los sectores rurales siguen emigrando los jornaleros agrícolas, quienes se ubican en los estratos más bajos de la escala ocupacional. Asimismo, la emigración se genera por igual aun en contextos socioespaciales muy diferentes. Tanto en zonas rurales tradicionales como en zonas urbanas industriales y en zonas agrícolas modernas, la emigración a Estados Unidos es progresivamente un fenómeno recurrente.

Con la reconstrucción histórica del proceso migratorio en estas 11 comunidades, Durand concluye que la emigración internacional es un fenómeno complejo y heterogéneo que se ha dado en muy diferentes contextos macroestructurales de la economía mexicana, lo que dificulta la generalización de los patrones migratorios, así como su conceptualización mediante explicaciones e interpretaciones de corte histórico-estructu-

ral, en la medida en que ellas han surgido del análisis de situaciones determinadas y específicas.

Por un lado, el argumento de que la falta de tierras era el factor de expulsión de los campesinos se ve opacado por la presencia de la Reforma Agraria aun en aquellas regiones de fuerte tradición migratoria. Por otro lado, la teoría del atraso agrícola como factor de emigración no parece operar en comunidades rurales insertas en procesos de modernización agrícola. Asimismo, las explicaciones construidas a partir de la carencia de alternativas laborales en los lugares de origen parecen ser refutadas por la alta emigración aun en aquellas comunidades rurales y rur-urbanas en las que se han incrementado las opciones de empleo industrial, con el establecimiento de pequeñas y medianas industrias que requieren, precisamente, de espacios “no urbanos” para desarrollarse. Finalmente, los argumentos que señalan a la crisis económica, que afecta con mayor intensidad a los mercados de trabajo urbanos, parecen no operar en ciudades donde la emigración internacional se ha mantenido a pesar de que la oferta de puestos de trabajo haya crecido y se haya diversificado.

Con base en lo anterior, Durand sostiene que

...la explicación que dé cuenta del proceso, en múltiples localidades y en muy variadas situaciones, tiene que ver principalmente con el carácter mismo del fenómeno migratorio, que tiende a perpetuarse y acrecentarse a medida que gana experiencia. Se trata de una cultura del trabajo que asume la alternativa migratoria como una opción privilegiada, con relativa independencia de la situación económica nacional y regional y los recursos a los que tiene acceso (p. 183).

En el caso de la región occidental, por ejemplo, la migración parece adaptarse y sobrevivir con soltura en diversos contextos socioeconómicos, en localidades completamente diferentes, en una gama bastante amplia de estratos sociales y en situaciones históricas muy variadas. Esto lleva al autor a centrarse en factores culturales y microsociales; en particular, en el papel de las redes sociales y familiares en la reproducción cotidiana y en la perpetuación en el tiempo del proceso migratorio, lo que a su vez lo lleva a establecer otros análisis con técnicas cualitativas, de ciertos eventos y aspectos de significativa importancia en la conformación y reproducción social de estas redes familiares, tanto a uno como a otro lado de la frontera.

Desde esta perspectiva analítica, Durand retoma su investigación centrandose su análisis en la localidad de San Francisco del Rincón, en Guanajuato. A través de este estudio de caso, el autor profundiza en diversos aspectos y momentos del proceso migratorio, poniendo énfasis en tres elementos: la reconstrucción de historias migratorias, las pautas de inserción laboral en Estados Unidos y los impactos culturales de la migración en las comunidades de origen.

Con la aplicación de historias de vida, Jorge Durand recupera la historia migratoria de tres individuos, quienes emigraron en distintos momentos y con trayectorias diferentes. No obstante, se trata de “tres historias en una”, pues en cada una de ellas se detecta la presencia de diversos aspectos comunes, a pesar de las múltiples diferencias de cada historia individual: por un lado, la presencia de factores económicos y sociales concretos vinculados con el contexto estructural de la emigración; por otro, un ambiente cultural que apoya y sustenta la migración, y también una causa precipitante relacionada con una

situación personal o de crisis. Finalmente, la posibilidad de apoyarse en una red de relaciones familiares y comunitarias, que empieza en el momento de tomar la decisión y termina en el momento del retorno y reinserción del migrante en la comunidad de origen. Para Durand, el eje articulador de estas tres historias es la activa presencia de la red familiar, la que resulta trascendental, pues, aun cuando la modalidad migratoria puede haber variado sustancialmente, “es al interior de la familia y en la localidad donde se comparte la información necesaria para poder viajar, pasar la frontera y conseguir trabajo en Estados Unidos” (p. 210). Esto se acentúa en el caso de la migración indocumentada, dada la mayor necesidad de apoyarse en redes familiares y comunitarias desde el inicio mismo de la experiencia migratoria.

Durand ilustra más detalladamente este papel de las redes sociales y familiares, al analizar la migración de una persona de la comunidad rinconense hacia la ciudad de Reno, Nevada. Allí, la presencia de una red familiar y comunitaria permite el acceso a trabajo, vivienda, solidaridad, vida cotidiana, etcétera, todo lo cual facilita y reduce los costos económicos, sociales y simbólicos de la migración. Un caso ilustrativo es el acceso a puestos de trabajo a través de redes familiares, lo que posibilita cierta segmentación del mercado laboral. En este esquema parecen operar dos lógicas complementarias. Por un lado, esta segmentación le permite al empresario la diferenciación de salarios, a la vez que la presencia de trabajadores familiares permite disminuir las tensiones y solventar ciertos costos (cubrir las horas extras o suplir a un familiar enfermo, por ejemplo). Por otro lado, el uso de la red familiar le asegura al migrante un puesto de trabajo en Estados Unidos. Tal es el caso, por ejemplo, de las recamareras y trabajadores de mantenimiento y limpieza en los casinos de Reno.

En cuanto a los aspectos culturales de la migración, el autor señala que es poco lo que se ha avanzado en el estudio del impacto cultural de la migración al interior de México, en las comunidades de origen y en los trabajadores migrantes. Las investigaciones se han centrado en otras líneas: el Movimiento Chicano, la realidad fronteriza, y en expresiones culturales como el lenguaje, la música, el cine y el teatro, entre otras. No obstante, el autor indica que en las comunidades analizadas parece existir una profunda imbricación de la migración en su cultura cotidiana: los sistemas de normas, sanciones y valores, la expresión y vivencia religiosas, las costumbres acuñadas o modificadas a partir del contacto, entre otros aspectos, son expresiones culturales de la experiencia de los migrantes del occidente de México, que ilustran, no tanto una dinámica de aculturación propiamente tal, como “un proceso de asimilación cultural del fenómeno, conformando una manera de vivir, concebir y asumir las consecuencias y compromisos de la migración internacional” (p. 291).

Durand nos ofrece distintos ejemplos sobre esta temática. Comienza señalando que el punto nodal parece radicar en la distinción entre *trabajar o vivir* en Estados Unidos. En general, el trabajador mexicano no siente la necesidad de integrarse a la sociedad estadounidense; no así el emigrante, para quien la integración económica, social y cultural resulta de trascendental importancia. Esto hace que los migrantes laborales mexicanos sean poco permeables a la influencia cultural estadounidense, situación que se ve fortalecida por la vecindad geográfica que facilita el retorno, la presencia y magnitud de la comunidad mexicana en Estados Unidos, así como por el papel de la red social y familiar como mecanismo de comunicación e integración permanente entre el migrante y su comunidad de origen. Esta situación cambia radicalmente cuando el migrante laboral

ha optado por quedarse a vivir definitivamente en Estados Unidos. En este caso, afloran rápidamente las diferencias culturales entre los trabajadores emigrantes y la población de origen mexicano, especialmente de segunda generación. Entre padres mexicanos e hijos estadounidenses, los choques culturales parecen abismales. Las estructuras de valores, prejuicios, sistema de normas, entre otras, son prácticamente opuestas. Así, por ejemplo, si para el emigrante el manejo del inglés puede constituir el punto culminante de su proceso de integración, para sus hijos, en cambio, tiene un valor y significado muy diferentes, en la medida en que la soltura en el idioma no logra ocultar su origen racial y cultural.

Por otro lado, los compromisos de los migrantes para con su familia en México son asumidos e incorporados culturalmente en la comunidad tanto en el lugar de origen como en el de destino. En concreto, la comunidad y la familia establecen un mecanismo de control y sanción moral y práctica sobre quienes se “desvían” de la norma, llegando incluso a marginar a los “desobligados”, quitándoles su apoyo solidario y desprestigiándolos ante su comunidad de origen. Por el contrario, el cumplimiento de sus “obligaciones” es recompensado social y culturalmente al interior de la familia y la comunidad, lo que le permite al migrante gozar de ciertos privilegios, especialmente en el momento del retorno.

Finalmente, el autor retoma la experiencia religiosa y su práctica por parte de los migrantes. Para ello, su ejemplificación a través de un estudio de los retablos y exvotos resulta realmente novedosa, pues aporta nuevos elementos para comprender la dinámica de la migración, así como el papel de los factores culturales y simbólicos en la conformación, reproducción y perpetuación de las redes sociales y familiares.

Los aspectos señalados sirven al autor para dar cuenta de los diversos modos y mecanismos de funcionamiento de las redes sociales en la perpetuación del proceso migratorio, los que permiten que la emigración se mantenga en contextos económicos y sociales marcadamente heterogéneos, tanto en el espacio como a lo largo de la ya larga historia de la migración de mexicanos a Estados Unidos.